

INTRODUCCIÓN

I. - Objeto de esta obra

Las materias contenidas en los Evangelios pueden dividirse en cinco partes: *Los actos ordinarios de la vida de Cristo, los milagros, las profecías, las palabras que sirvieron para establecer los dogmas de la Iglesia y la enseñanza moral.* Si las cuatro primeras han sido objeto de controversias, la última ha permanecido inatacable. Ante este código divino, la misma incredulidad se inclina; es el terreno donde pueden encontrarse todos los cultos y el estandarte bajo el cual todos pueden cobijarse, cualesquiera que sean sus creencias, porque nunca ha sido objeto de disputas religiosas, siempre y por todas partes suscitadas por las cuestiones de dogma. Por lo demás, si las sectas la hubiesen discutido, hubieran encontrado en esa enseñanza su propia condenación, porque la mayoría de ellas han tomado más en consideración la parte mística que la parte moral, que exige la reforma de sí mismo. Para los hombres, en particular, es una regla de conducta que abarca todas las circunstancias de la vida pública o privada,

el principio de todas las relaciones sociales fundadas en la más rigurosa justicia, y sobre todo, es el camino infalible de la felicidad verdadera, la parte que nos descubre el velo que cubre la vida futura. Esta parte es el objeto exclusivo de la presente obra.

Todo el mundo admira la moral evangélica, todos proclaman su excelencia y su necesidad, pero muchos lo dicen porque lo han oído decir a los otros, o bajo la fe de algunas máximas proverbiales. Pocos son los que la conocen a fondo, y menos aun los que la comprenden y saben deducir sus consecuencias. En gran parte, la razón de esto estriba en la dificultad que presenta la lectura del Evangelio, ininteligible para la mayoría de las personas.

La forma alegórica y el misticismo intencionado del lenguaje hacen que la mayor parte lo lean por conciencia y por deber, como leen las oraciones, sin comprenderlas, es decir, sin fruto. Los preceptos morales, diseminados y confundidos en otras narraciones, pasan desapercibidos, siendo entonces imposible atender al conjunto y hacer de él una lectura y una meditación separadas.

Es verdad que se han redactado tratados de moral evangélica, pero su estilo literario moderno les ha quitado la sencillez primitiva, que constituye a la vez su encanto y su autenticidad. Lo mismo sucede con las máximas que de ella se han entresacado, reducidas a su más sencilla expresión proverbial, pues entonces se sintetizan en aforismos que pierden una parte de su valor e interés, por la falta de los accesorios y de las circunstancias en que se dieron.

Para evitar estos inconvenientes, hemos reunido en esta obra los artículos que pueden constituir, hablando con propiedad, un código de moral universal, sin distinción de culto. En las citas hemos conservado todo lo útil al desarrollo del pensamiento, eliminando o separando sólo las cosas extrañas al objeto. Por lo demás, hemos respetado escrupulosamente la traducción original de Sacy, así como la división en versículos.

Pero, en lugar de seguir un orden cronológico imposible y sin que haya ventaja real en ello, hemos agrupado y colocado metódicamente las máximas, según su naturaleza, a fin de que, en lo posible, tengan relación las unas con las otras.

Las llamadas de los números de orden de los capítulos y de los versículos permiten recurrir a la clasificación usual, si se juzga necesario.

Si no hubiésemos procedido así, nuestro trabajo que hubiera sido material, habría tenido sólo una utilidad secundaria. Lo esencial era ponerlo al alcance de todos por la explicación de los puntos oscuros y el desarrollo de todas las consecuencias, con el fin de que fuera aplicable a las diferentes posiciones de la vida. Esto es lo que hemos intentado con la ayuda de los buenos espíritus que nos asisten.

Muchos puntos del Evangelio, de la Biblia y de los autores sagrados, en general, nos resultan ininteligibles, y muchos de ellos sólo nos parecen irracionales por falta de la clave que nos haga comprender su verdadero sentido. Esta clave está completa en el espiritismo, como han podido convencerse de ello aquellos que lo han estudiado formalmente, y como se comprenderá mejor aún en el porvenir. El espiritismo se encuentra por doquier, tanto en la antigüedad como en las demás épocas, en todas partes se descubren sus huellas, en los escritos, en las creencias y en los monumentos, y por esta razón, al abrir nuevos horizontes para el porvenir, también arroja una luz no menos viva sobre los misterios del pasado.

Como complemento de cada precepto, hemos añadido algunas instrucciones, elegidas entre las dictadas por los espíritus en diferentes países y con la intervención de distintos médiums. Si estas instrucciones hubiesen salido de un solo origen, hubieran podido sufrir una influencia personal o la de su centro, mientras que la diversidad de orígenes prueba que los espíritus imparten

sus enseñanzas en todas partes, y que no hay nadie privilegiado bajo este concepto.¹

Esta obra es para uso de todos. Cada uno puede obtener de ella los medios de adecuar su conducta a la moral de Cristo. Además, los espiritistas encontrarán aquí las aplicaciones que les conciernen más especialmente. Desde hoy en adelante, gracias a las comunicaciones establecidas de una manera permanente entre los hombres y el mundo invisible, la ley evangélica, enseñada a todas las naciones por los mismos espíritus, ya no será letra muerta, porque todos la comprenderán y serán guiados incesantemente por los consejos de sus guías espirituales, a ponerla en práctica. Las instrucciones de los espíritus son verdaderamente «las voces del cielo» que vienen a iluminar a los hombres y a convidarles «a la práctica del Evangelio».

1. Sin duda, hubiéramos podido dar, sobre cada asunto, mayor número de comunicaciones obtenidas en una multitud de poblaciones y centros espiritistas que las que citamos, pero ante todo hemos creído necesario evitar la monotonía de las repeticiones inútiles y limitar nuestra elección a las que, por el fondo y la forma, encajan más particularmente en el marco de esta obra, reservando para posteriores publicaciones las que no han podido publicarse en ésta. En cuanto a los MEDIUMS, nos hemos abstenido de nombrarlos. La mayor parte nos lo han solicitado, y en este caso no convenía hacer excepciones. Por otra parte, los nombres de los mediums no hubieran dado más valor a la obra de los espíritus. En este caso sólo hubiera sido una satisfacción de amor propio, lo que no gusta a los mediums verdaderamente formales, quienes comprenden que, siendo su papel puramente pasivo, el valor de las comunicaciones en nada realza su mérito personal, pues sería pueril envanecerse por un trabajo de inteligencia al que sólo se presta un concurso mecánico.